



A nuestro buen amigo José Ortega Gasset.

POLIBIO dice alguna vez de una historia, que se hace como corpórea — *soma toide* —; tan espesamente se suceden los hechos que han de quedar en ella. Y hay, en efecto, años vacíos y años llenos, ciudades con poca historia y otras con mucha. «Es un aburrimiento vivir aquí — le oímos alguna vez a alguno —; no pasa nunca nada.» Y eso que pasa, eso que se dice que pasa, es lo que suele quedar. Por lo menos, en la memoria de las generaciones.

Los estudiantes suelen decir de las semanas y de los meses en que hay pocos días de vacación, que son *macizos*. Una semana maciza es aquella en que los seis de clase lo son realmente.

No puede negarse que el verano pasado ha sido, en cuanto a historia, corpóreo ó espeso, ó, si se quiere, macizo en España. La rebelión de las Juntas de Defensa primero — porque esa sí que fué rebelión y no la huelga pacífica de más tarde —, con la crisis mi-

nisterial que provocó; la reunión de la Asamblea de Parlamentarios, la huelga general pacífica, el proceso del Comité de huelga, la prisión de Marcelino Domingo, la crisis larga, etc., etc. Y antes que todo esto, el mitin de las izquierdas en la Plaza de Toros. Y en todo ello las campañas de Prensa.

«¿Y qué se ha conseguido con todo eso?», preguntan los materialistas y los escépticos. A lo que algunos cárdidos les contestan que ya se verá lo que con todo eso se ha de conseguir. Y otros hablan de renovación, y otros de revolución. Para la vida misma, histórica, la Historia es siempre renovación y siempre revolución.

Hay que desprenderse del prejuicio de que la Historia, que es la vida del espíritu, tenga un fin fuera de sí misma. El fin de la Historia es la Historia misma, es su desarrollo. En cada momento acaba y se concluye para recomenzar y abrirse de nuevo en cada momento.

Aunque todos los sucesos y los hechos todos de este pasado verano tan histórico no nos dejarán más que el haberlos vivido y el tumulto de ideas que nos dieron, bastaba y aun sobraba. Si no hubiera habido los sucesos militares del 1.º de Junio en Barcelona, muchos de los oficiales que en ellos tomaron parte se habrían pasado tiempo jugando al dominó ó cosa así, y vale más que lo hayar empleado en lo que lo emplearon, parecérnos bien ó mal, que en distracciones ociosas ó en rutinas del oficio. Su actuación en aquellos sucesos les hizo vivir vida espiritual más intensa, les suscitó problemas e ideas, les revolvió las que tuvieron. Y lo vivido, vivido queda, como pensado lo pensado.

Supor gamos que conduciéndonos todos de otra manera, como un pueblo ordenadito y cotidiano, de costumbres fijas, nos dedicamos no más que a acrecentar la riqueza pública. ¿Para qué queremos mayor riqueza? Sin duda que para consumirla. Pero es el caso que con esas pasadas agitaciones hemos consumido riqueza espiritual, hemos experimentado emociones, hemos remozado pensamientos, hemos vivido. Y hemos vivido con verdadera vida humana, con vida histórica.

El hombre es espíritu, lo humano es lo espiritual, y la vida del espíritu es la Historia. Y todo lo demás, lo natural, no es más que la base, el lugar más bien, el *donde* de lo histórico.

Nuestro querido amigo y maestro José Ortega Gasset escribió hace poco que «es el ascetismo ó rigorismo ó utopismo ético la perversión, que consiste en atender sólo a la moral y olvidarse de la vida». Pero es que el que atiende sólo a la moral no se olvida de la vida. Y luego añadía: «La moral vale más que la vida, es cierto; pero la moral no es sino la *vida* buena, el *buen orden* de la vida.» Luego el que atiende a la buena vida, a la bondad de la vida, no puede olvidarse de ésta. La cosa está clara. Y más adelante añadía que puedo darse el caso de ser más urgente y, por lo tanto, más moral salvar las energías históricas que el orden público. Pero es que el orden público no es sino la energía histórica.

No creemos que nuestro buen amigo dé a eso de *vital* el sentido que le daba Fausto después de su remozamiento gracias a las artes melistofélicas. Sabe nuestro buen amigo de sobra que la vida es, ante todo, vida espiritual, es decir, humana, y que la vida espiritual es vida histórica, que la Historia es la vida del espíritu humano colectivo. Y sabe que el espíritu es eterno y que la Historia es eternización. Y sabe que vivir históricamente es sobrevivir, es eternizarse, es crear valores para siempre.

Este concepto de *vida*, ó sea la vida cuando se la quiere reducir a categoría lógica, resulta un poco confusa. Y es que lleva en sí un germen de contradicción. Decimos de una ostra, y hasta de un árbol, que viven, y, sin embargo, el concepto de vida en este caso es muy otro que cuando hablamos de la vida del pensamiento ó de la del sentimiento. Una ostra y un árbol no tienen historia. Y para un hombre la vida, fuera del todo de la Historia, no es vida humana, no es verdadera vida.

Felipe Trigo, el que se quitó la vida, acostumbraba decir que

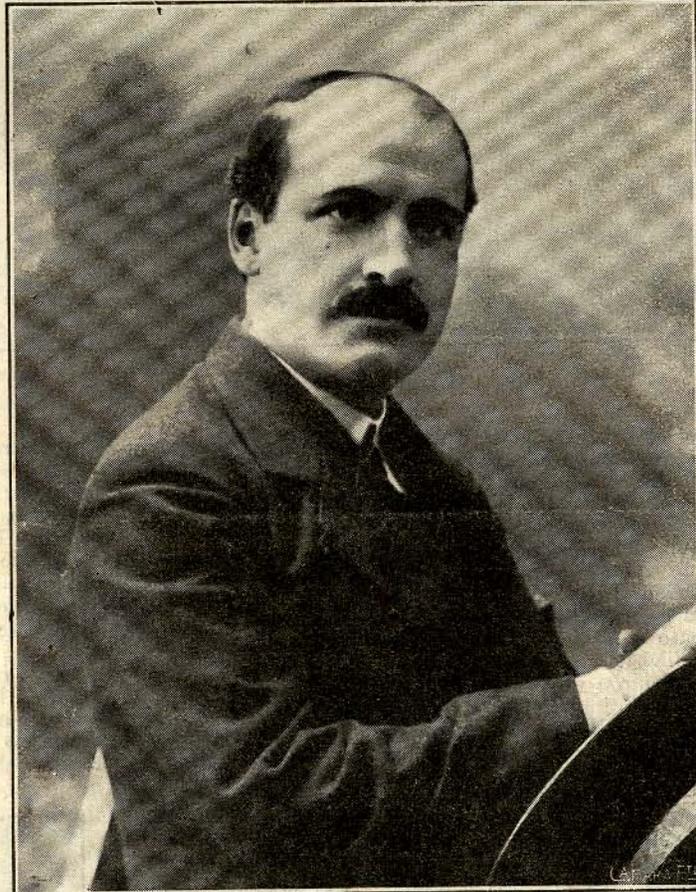
él hablaba en nombre de la *V*ida; así, con mayúscula. Es que Trigo creía que Spinoza no había vivido, y que habían vivido, en cambio, el caballero de Casanova ó el marqués de Sade. Nuestro amigo Ortega y Gasset y nosotros, en cambio, creemos que Spinoza, el solitario de Amsterdam, que vivió tan intensamente su pensamiento y su emoción, su amor intelectual de Dios — *amor Dei intellectualis* —, vivió más completamente que Casanova ó que Sade. Y yo, por mi parte, creo que un aceta, que un cartujo metido en una celda y meditando de continuo en la vida eterna, no se olvida de la vida, sino que la vive, a su modo, muy intensamente. San Bruno vivió su vida, y una vida histórica, y vivió una vida histórica Bruno el dominico, Giordano Bruno, el de Nola.

Lo vital para el ciudadano — y el ciudadano es el hombre, ya que éste es, según Aristóteles, *zoon politicon*, es decir, animal civil, que equivale a decir: racional —, lo vital para el ciudadano, para el viviente civil, es lo histórico. Lo vital, pues, que nuestro buen amigo nos recomienda por oposición a lo oficial, es lo histórico.

¿Y cómo lo oficial es lo abiótico, lo no histórico? Porque lo oficial es aquí la rutina cotidiana, el balduque, el despacho del expediente. En una de nuestras ciudades en que todas las oficinas públicas marchan con la mayor regularidad técnica, no hay verdadera vida civil, no hay historia. La administración como un reloj que anda bien, que señale la hora que es; pero un reloj, que no es más que un mecanismo, no vive aunque funcione. Un reloj no hace historia, aunque marque el momento de un solemne suceso histórico.

Nuestro buen amigo nos dice que desde el 1.º de Junio último «España acepta una serie continuada de ilegalidades en gracia de una serie de vitalizaciones; rompe la costra de los hábitos legales constituidos para dejar crecer y expandirse una realidad vital subyacente y en constitución». Nosotros diríamos que desde el 1.º de Junio último se ha espesado y se ha acelerado la historia en España; que los pensamientos y los sentimientos públicos, civiles, históricos, han brotado a luz. Porque esa «realidad vital subyacente» es, ante todo y sobre pensamiento, espíritu. La justicia que pedían las Juntas de Defensa es una idea; lo que quería hacer triunfar la huelga general pacífica de Agosto, es otra idea. Y esas ideas han vivido en la acción de unas y de otra. Y nadie nos puede quitar lo vivido. Nuestro espíritu se ha enriquecido con la historia del pasado verano, mucho más que con la cosecha de trigo de él.

Un pueblo, para vivir, ha de hacer historia. Por eso lo más terrible es cuando «no pasa nada», aunque la riqueza pública se acrecienta y los individuos maten las horas placenteramente.



D. JOSE ORTEGA GASSET
Ilustre escritor

Fot. A. Fonso

(*Nuevo Mundo, Madrid, 30 noviembre 1917.*)